

Et Abencerraje



Uno de los más bellos sueños de hermandad entre las culturas y las religiones que ha dado la literatura española.

La frontera andaluza entre cristianos y musulmanes es el escenario de esta obra única, una joya de nuestra narrativa renacentista, marcada por un estilo ágil, emotivo y dotado de una cautivadora visión humanista. Desde su publicación, en el siglo XVI por autor desconocido, la historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa se convirtió en una obra muy popular y ha llegado hasta nuestros días en tres versiones [1561-1565] debidas a tres autores diferentes. La edición que se incluye aquí, proviene de la versión incluida en el *Inventario* de Antonio de Villegas (1565) –edición de Francisco del Canto, en Medina del Campo en 1565–, y es considerada como la más pulida, acabada y completa.

El joven Abindarráez, superviviente de la estirpe de los abencerrajes, se ampara en la oscuridad para traspasar la frontera entre reinos. Allí es sorprendido por Rodrigo de Narváez y, a pesar de enfrentarse a cinco cristianos, se defiende de forma heroica. El arrojo del joven granadino conmueve a Rodrigo de Narváez y, tras escuchar su relato, le lleva a tomar una decisión sorprendente: lo dejará en libertad durante tres días para que pueda cumplir su misión, bajo palabra de regresar a la fortaleza para entregarse. La de Abindarráez es la historia de un amor clandestino: su cometido es ir en busca de la hermosa Jarifa para casarse con ella.

*El Abencerraje* sigue siendo hoy una lectura emocionante: nos muestra el pacto entre dos hombres que, enfrentados por la religión y la guerra, saben ver en sus corazones todo aquello que nos hace iguales.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas, gramaticales y tipográficas de la edición de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones de 1925, a partir de la cual se ha realizado esta.

## NOTA SOBRE LAS EDICIONES

La *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa* es una novela morisca escrita en el siglo XVI español. La novela es anónima, pero algunos estudiosos creen que su autor podría haber sido Jerónimo Jiménez de Urrea.

La historia debió componerse entre 1550 y 1560, apareciendo por primera vez en una edición de Toledo de 1561, la edición *Crónica*.

En primer lugar, se conserva en dos textos la versión que se titula *Parte de la Corónica del ínclito Infante Don Fernando*, precedida por una dedicatoria a Hierónimo Ximénez Dembún, gracias a la que Henri Mérimée pudo aventurar una fecha aproximada de su aparición: no pudo ser anterior a 1548. No corresponde, en rigor, al texto original, pero es la que más próxima está de él entre las que se han conservado. Nos ha llegado en forma de opúsculo de escasa calidad, en dos ejemplares procedentes de imprentas distintas, a los que faltan algunas páginas, si bien por fortuna no se trata de las mismas y de este modo pueden completarse.

Una versión, a todas luces remozada sobre la anterior, fue la que apareció incluida en el *Inventario* de Antonio de Villegas, hacia el 15 de Junio de 1565 –fecha de su privilegio– en la imprenta de Medina del Campo, que sin embargo pudo muy bien circular manuscrita desde 1551, fecha que en la solicitud de su licencia de impresión consta se consiguió por primera vez, pero que el autor, por moti-

vos desconocidos, no llegó a utilizar, y acabó perdiendo su validez.

En último lugar, queda por aducir una tercera versión del Abencerraje que se interpoló al final del capítulo cuarto de la *Diana* de Jorge de Montemayor; la primera edición conocida que incorpora el relato es la edición vallisoletana fechada el 10 de Octubre de 1561, que se acabó de imprimir, como consta en su última hoja, el 7 de Enero de 1562, por Francisco Fernández de Córdoba. Es la más alejada del texto original y la que se permite más licencias, aunque conoce las otras dos y las compulsa en alguna escena.

La crítica ha preferido siempre, dadas su pulcritud y austeridad estilísticas, priorizar la versión del medinense Antonio de Villegas, en la que se basa la presente, pese a que un análisis pormenorizado de las variantes arroja la conclusión de que no es el suyo el texto más cercano al original, además de que añade una larga interpolación que poco o nada tiene que ver con el espíritu del cuento.

## NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Esta edición digital se ha realizado a partir del libro *Abingarráez y Jarifa* –que, erróneamente se asigna a Villegas– de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (CIAP) de 1925, copia bastante fidedigna del *Inventario* de Antonio de Villegas, edición de Francisco del Canto, en Medina del Campo en 1565.

El texto que se puede leer en esta edición corresponde al de la CIAP, que actualizaba el de la versión de Villegas, cambiando las grafías de algunas letras, se desarrollando algunas abreviaturas y aglutinaciones, y adoptando las normas de acentuación y puntuación, pero manteniendo algunos vocalismos ya en desuso en 1925.

Del *Inventario* se han utilizado en esta edición las imágenes de las letras capitales y de algunos adornos que el texto de Villegas contenía, así como se han reproducido las portadas y algunas partes de dicho texto. Se ha intentado, así mismo, reproducir algunas de las partes más vistosas de dicha edición.

El Abencerraje

de Antonio de Villegas.



En Medina del Campo impresso, por Francisco del  
Canto. Año de M. D. LXV.

Con Preuilegio.

Venden se en Medina del Campo, en casa de Matheo del Canto.



**I**STE Es vn vino retrato de vir-  
 tud, liberalidad, es fuerço, genti-  
 leza y lealtad, compuesto de Ro-  
 drigo de Naruaez, y el Abencer-  
 raje, y Xarifa, su padre, y el rey de Grana-  
 del qual, aunque los dos formaron y dibuxa-  
 ron todo el cuerpo, los de mas no dexarõ de  
 ilustrar la tabla, y dar algunos rasguños en  
 ella. Y como el precioso diamãte engastado  
 en oro, o en plata, o en plomo, siempre tiene  
 su justo y cierto valor, por los quilates de su  
 oriente: asì la virtud en qualquier dañado  
 sujeto que asiente, respládesce y muestra  
 sus accidêtes: bien que la essencia y efecto de  
 ella es como el grano que cayendo  
 en buena tierra se acrescien-  
 ta, y en la mala se  
 perdio.



ESTE es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje y Jarifa, su padre, y el rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente, así la virtud en cualquier dañado sujeto que asiente, resplandece y muestra sus accidentes, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que cayendo en buena tierra se acrecienta y en la mala se perdió.



Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que quanto se puede hacer es poco: no como aquellos Romanos y Griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban a las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, a los gajes del rey<sup>[1]</sup> para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando

de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

— **P**arécame, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería yo de dar mala cuenta de mi y de mi oficio, sí teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Parécame (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo: —Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo: —Tenéos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente—. Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy

bien a caballo. Traía vestida una marlota<sup>[2]</sup> de carmesí, y un albornoz<sup>[3]</sup> de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una darga<sup>[4]</sup> y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

**N** Ascido en Granada,  
criado en Cártama,  
enamorado en Coín,  
frontero de Alora.

**A** Unque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El, viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas, fingiendo que

huía, puso las piernas a su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fué a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrentados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. El, con rabia de verse herido, volvió por sí, y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

**R**odrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía a los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo: –Moro, vénte a mí, y sí tú me vences, yo te aseguro de lo demás–. Y comenzaron a trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El, en recebiendo el golpe, arremetió a él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó a brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo: –Caballero, date por vencido, sí no, matarte he. –Matarme bien podrás–dijo el moro– que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció–. El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su costumbrada o virtud, le ayudó a levantar,

porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado, y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

—Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía<sup>[5]</sup> que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado; sí os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo: —¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

El le dijo: —A mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: —Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospi-

rar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo:

— **R**odrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás sí bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mi llaman Abindarráez el Mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto:

**H**ubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino.

Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oírás. El rey de Granada hizo a dos destos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre